

NAVIDAD EN LA CIUDAD BLANCA

DIEGO AZCÁRRAGA

2ºBACH "A"

PRIMERA CATEGORÍA

Las navidades son unas fechas especiales, diferentes según dónde se celebren. Vitoria es la ciudad en la que yo paso esas fechas con toda la familia. En esta preciosa ciudad, la navidad arranca unos días antes con “la noche de las candelas”. Para entonces las casas están totalmente adornadas y es cuando se compran las flores de Pascua, elemento indispensable en todo lugar. La ciudad, en su parte medieval, se queda absolutamente a oscuras siendo iluminada exclusivamente por la luz de las velas apostadas en balcones, puertas y calles. Es una noche tenue, entrañable y especial. Pero no todo es tranquilidad, esa oscuridad puede ser peligrosa y atraer a las lamias. Las lamias son criaturas maléficas que se llevan a los niños de las casas, amparadas por la falta de luz del sol y por el frío, lo que hace que los niños permanezcan dentro del hogar. Por eso, muchas puertas de las casas de las Vascongadas tienen un *eguzkilo*, la flor del sol, que fue proporcionada por la diosa de la Madre tierra, Amalur, para sustituir la luz del sol por la noche e impedir la incursión de las lamias y proteger a los niños.

Cuando era pequeño, Íñigo se emocionaba con la llegada de la Navidad; era el primero de su clase en decorar su casa, le encantaba poner el Belén junto a su madre, cantar villancicos con su padre y disfrutar al máximo de esos momentos. Pero a medida que pasaban los años, ese ansia y emoción que Íñigo había sentido toda su vida se iban apagando, y aquellos días previos a la Navidad no los estaba viviendo como un momento especial.

Como todos los años, había paseado con su familia por las callejuelas en penumbra y, de camino a casa, habían parado en la casa de su abuela María. Su abuela era un ser especial; su hijo Juan, el padre de Íñigo, siempre dijo que ella era un ser mágico, una bruja buena. La abuela María les esperaba con la flor de Pascua que siempre les regalaba pero, ese día, al entregársela, cogió fuertemente la mano de su nieto y le dijo: “Colócala cerca del calor, de la luz y obsérvala; esta Navidad, según con qué ojos la mires, podrá ser diferente”.

Al día siguiente, día de Nochebuena, Íñigo y su familia fueron a patinar a la pista de hielo, también fueron a ver el Belén de La Florida y, por supuesto, antes de cenar, tomaron los tradicionales “vinos calientes”, momento en que los vitorianos se juntan para desearse una feliz noche. Antes de salir, Íñigo siempre metía en su bolsillo un viejo

cascabel. Su madre también lo tenía, le dijo que cuando eres pequeño, siempre suena, pero que cuando eres mayor, solo lo puedes escuchar si crees en el Espíritu de la Navidad.

Fue al llegar de tomar los vinos calientes cuando entró al salón y le pareció ver que la flor de Pascua de su abuela María se movía. No había corriente de aire, no había motivo entendible. Entonces se acordó del cascabel, lo apretó con fuerza, lo acercó a su oído... Lo seguía oyendo. Miró hacia la planta y ahí estaban: ¡cuatro diminutos duendes! Parecían asustados, querían hablar, pero a esa distancia no los oía. Se acercó todo lo que pudo. Llevaban dos años perdidos; se habían caído del trineo de Papá Noel. El año pasado habían estado en la planta de Pascua de una casa donde el Espíritu de la Navidad había muerto. Llevaban dos años saltando de planta en planta. Volvió a apretar el cascabel, seguía sonando. Así que, tras la cena, cuando todos se fueron a dormir, cogió a los duendes, se escondió detrás de una cortina y esperó. Cuando Papá Noel llegó, los lanzó al gran bolsillo de su traje... ¡Trabajo conseguido! Estaban en su sitio, en casa.

Durante esa noche Íñigo, estuvo pensando en lo que había sucedido ese día, y se dio cuenta de que esas fechas servían para ayudar al prójimo e intentar mejorar uno mismo pensando en el resto. Aquellos diminutos seres le habían devuelto aquella ilusión que de pequeños tenemos innata y que ha medida que vamos creciendo vamos abandonando en vez de hacer que evolucione junto a nosotros. No importa si tienes cinco o cincuenta años, emocionarse con los regalos, con las luces, con los adornos o con una simple postal deseando unas felices fiestas de aquel pariente que llevas años sin ver pero que ha dedicado diez minutos de su tiempo en pensar en ti, eso es realmente lo importante durante estas fechas tan marcadas en nuestras vidas. Y esa lección es la que había aprendido Íñigo aquel día.

A la mañana siguiente, Íñigo bajó las escaleras como un rayo, de un brinco se plantó en medio del salón y miró hacia el árbol de Navidad, debajo de este había un paquete y dentro un diploma que decía: "Íñigo, Nuevo Duende Navideño". Desde aquel momento sus navidades fueron más interesantes y ajetreadas.

"Creed siempre en el Espíritu de la Navidad y mirad bien las Flores de Pascua antes de regalarlas o tirarlas... nunca se sabe".